

Tal es la esperanza que alienta Roquer y nosotros también.
—ELISEO SAU.



NUEVOS LIBROS POÉTICOS, por *Antonio de Undurraga*.

Gladys Thein—una de las más altas figuras de la poesía femenina de Chile—acaba de publicar bajo el signo editorial «Tegualda», su breve y fino libro «El Rostro Desolado». La obra está dividida en pequeños versículos en prosa, cuyo argumento, cuyo puro eje de luz y fuego es el amor. La poetisa, con premeditada intención, ha escogido para elaborar su poesía, materiales leves y limitados. Por ende, su verbo gira en un tono menor casi preestablecido. En su libro anterior intitulado «Poemas», nos fué posible captar los recursos técnicos de la poetisa, en su totalidad creadora. Es muy posible que con materiales más densos y audaces, el tono íntimo, tierno y sutil de este volumen, se hubiese malogrado. He aquí un ejemplo: «Para ti vistió mi rostro su primera máscara. Para ti había conservado siempre su transparencia, pero su diafanidad se transformó en una sonrisa doblegada, compacta, que no dejaba traslucir ni un gesto de su tristeza». En suma, se trata de un libro escrito con maestría en su ámbito que lo es propio. No creemos que su simplicidad ha sido escrita para un gran público—analfabeto siempre en asuntos de arte por falta de educación estética—y que cree que la poesía es una rama bastarda de la lógica aristotélica.

La Editorial Espasa-Calpe, Argentina, en su Colección Austral, ha tenido el acierto de publicar «Hijos de la Ira», libro de poemas de Dámaso Alonso, escrito en metro libre. El autor era conocido en las grandes urbes culturales de América Latina, como un gran crítico de la alta poesía española. Ahora, al saberle poeta, conocemos el por qué de sus grandes aciertos críticos. Sólo un poeta puede comentar con generosidad y jus-

teza a otro poeta. Su figura resulta cimera y solitaria en la lírica española contemporánea ceñida en *exceso*—salvo raras excepciones— a la tradición retórica e impermeable al angustioso drama político y económico del siglo XX. He aquí su voz, en el poema «Insomnio»: «Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). —A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en que hace 45 años que me pudro,—y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna». Hay en sus poemas una desazón, angustia o drama de relevante alcurnia, que sólo se encuentra en Walt Whitman, Herrera y Reissig, Sabat Ercasty, García Lorca, Alberti, los grandes poetas chilenos contemporáneos y algunos otros, todos muy escasos en la escala mundial. En esta obra sobresalen las composiciones intituladas: «Insomnio», «La Injusticia», «Preparativos de Viaje», «El Ultimo Caín», «Mujer con Alcuza», «Monstruos», «En la Sombra», «La Obsesión», «Los Insectos», y «De Profundis». Lo que en ciertas oportunidades debilita a esta poesía y le resta nervio creador, es su falta de forma y de recursos técnicos de índole personalísima.

Finalmente, Américo Calí—el generoso y culto conductor de la revista «Egloga»—en las ediciones del «Ateneo» de Buenos Aires, nos ha entregado su libro «Laurel de Estío», que es un puro tratado de gracia y levedad poética. Américo Calí, junto a una bella orquestación terrestre de sol, frutos y frondas, en Mendoza, su fértil residencia, ha escrito esta transparente y pura poesía menor, ajena a todo lo que no sea luz y sabia introspección eglógica: «Todo por dentro sin cesar me anduve,—oh! pulso de la sangre y de mi sueño.—¡Qué breve el mar, el cielo qué pequeño,—y que cercana la perdida nube!» (de «Junto a la búsqueda»). Américo Calí, se muestra en este libro como un pulcro y culto doctor en el manejo de los más tortuosos hilos de una retórica vital: «¿En su advenimiento—qué alondras cantaban?—¿Quién detuvo el día—junto a la mañana?» (De «Romancillo»)

Nosotros, en Américo Calí vemos a uno de los más afortunados conductores de una especie de renacimiento o movimiento de raigambre clásico-española, que es muy grato al gusto de los argentinos y que está muy a tono con una cultura—como la argentina—de poderosos cimientos eglógicos, rurales, pastoriles, pese al hecho de que Buenos Aires sea una de las grandes metrópolis del mundo.

Finalmente, vemos un extraño destino y profecía en la sangre de este noble argentino que por intermedio de «Egloga» su revista, ha dado un cauce de salida al Atlántico, a la cultura de los jóvenes poetas de Chile. En cierto sentido, ha sido en lo espiritual, el precursor del gran pacto comercial argentino-chileno, que si se cumple como es debido y se perfecciona aun más en el futuro—cuando ya no existan los prejuicios acerca de quién va a depender de quien—va a crear un poderosísimo bloque mundial que equivaldrá al nacimiento de un nuevo gran estado, vale decir una «América Austral», a base de Argentina y Chile.—ANTONIO DE UNDURRAGA.



TAN SOLO EL MAR, por *Gabriela Henríquez Descat*.

Conocíamos a Gabriela Henríquez a través de sus Cuentos para Niños que, a base de sucesos históricos americanos, la Editorial Peuser de Buenos Aires ha venido publicando con éxito notorio. Sabíamos también de su buena fortuna en concursos literarios de empresas editoras nacionales.

Ahora la reencontramos en su libro de cuentos «Tan Solo el Mar»—en parte imaginativo y en parte costumbrista—que acaba de publicar la Editorial Tegualda, y que la crítica oficial—digámoslo así—ha juzgado con bien, merecidos elogios.

Se trata, en efecto, de una autora dotada de condiciones esenciales para el género que cultiva: agilidad de imaginación y ese escaso e inapreciable don de saber interesar al lector.